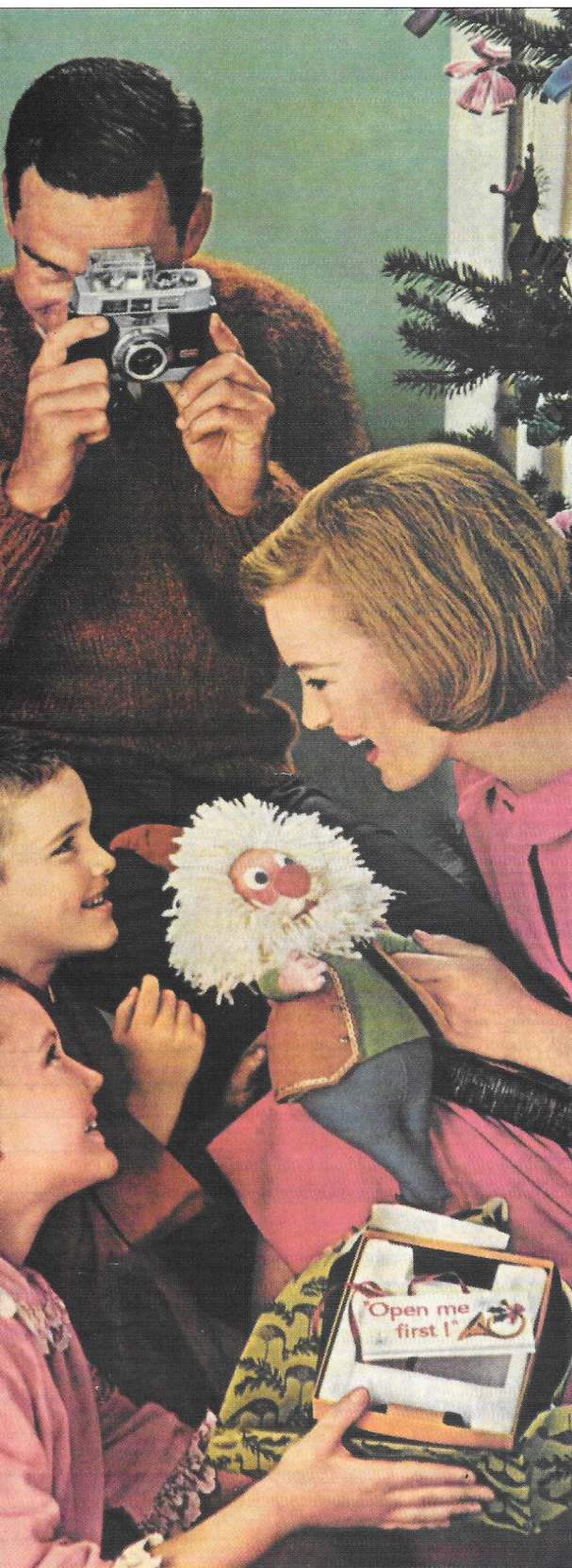


LA EDAD DE ORO



La desmitificación, combinada con un análisis riguroso de la realidad, son los componentes del antídoto contra el "síndrome del fin de la familia"

¿Sabían ustedes que en las décadas de los años 20 y 50 había una angustia similar a la actual respecto al fin de la familia? Diversos estudios históricos, demográficos y estadísticos demuestran que no es del todo cierto que el modelo tradicional de familia tenga las horas contadas. Estamos ante un mito, más que ante una realidad, entre otras cosas porque nunca ha habido una edad de oro de la familia.

Albert Punsola

EN la jungla de Borneo vivía un extraño indígena que no pertenecía a ninguna tribu conocida. Cazaba, pescaba y recolectaba, apartado del mundo. Usaba armas primitivas y esa vestimenta mínima, casi invisible, con que se elude la desnudez. Sólo un pequeño detalle llamaba la atención a los que le habían visto: sus gafas graduadas. ¿Cómo es eso posible?... Bien, de hecho el indígena no era tal, se llama Bruno Manser y llegó a Borneo en 1984 procedente de Suiza. Buscaba una respuesta a la pregunta ¿de qué se puede prescindir realmente? Parece que la encontró, pues en 1990 se reincorporó a la sociedad que le vio nacer, convertido, eso sí, en un activo ecologista.

La audaz experiencia de Manser tiene poco que ver con las novelas de Karl May o Emilio Salgari y mucho con el trasfondo de uno de los debates más acuciantes del momento: el destino de la familia. Los años que pasó Manser en la selva, su supervivencia, nos hacen pensar en la autosuficiencia del individuo. Sin embargo, su retorno a la sociedad nos llena de dudas sobre el hecho de que una situación así sea sostenible por mucho tiempo.

Alerta roja

La familia —al menos en su supuesta forma tradicional— está siendo contestada por algunos. A diferencia de lo que ocurría en los años 60 y 70, ahora no se trata de cuestionarla desde el apasionamiento de una ideología alternativa, sino de constatar, con

NUNCA EXISTIÓ

Cómo hemos cambiado

- En 1985 había 1,6 millones de hogares sin hijos; en 1995 ya son 2 millones, es decir, un 25% más.
- Las familias con dos hijos han descendido en el mismo período en más de 200.000, situándose en 939.195.
- La edad de acceso al matrimonio se retrasa. En 1980 el promedio de edad para hombres y mujeres era de 26 y 24 años respectivamente, en 1994 pasó a 30 y 27.
- En 1980 el 29% de los nacimientos procedían de madres de entre 20 y 24 años, en 1994 el porcentaje había caído al 14%
- Los matrimonios civiles representaban en 1994 el 22,7% de los celebrados, en 1981 eran poco más del 5%.

fríos datos encima de la mesa, su viabilidad.

Lester C. Thurow, profesor de Economía y antiguo decano de la Escuela Sloan del Instituto Tec-

nológico de Massachussets lo ha dicho muy claro: "El sistema económico simplemente no permite que existan familias al viejo estilo, con un padre que genera

la mayor parte de los ingresos y una madre que se encarga de la crianza y educación. La familia de clase media (...) se ha extinguido". Su afirmación no la basa en la nada: "En Estados Unidos, el 32% de los hombres de entre 25 y 34 años ganan menos de lo necesario para mantener a una familia de cuatro personas por encima del nivel de la pobreza". En un artículo aparecido en la revista Sociedad y Utopía, Julio Iglesias de Ussel, de la Universidad de Granada, constata, aun sin estar de acuerdo con el fin de la familia, que "el descenso muy importante de la nupcialidad en España desde 1975 no cabe atribuirlo a un súbito crecimiento del rechazo al matrimonio entre la población. Se debe sobre todo





a las elevadas tasas de desempleo y precariedad laboral entre los jóvenes”.

¿Conseguirán las incógnitas cifras macroeconómicas lo que no lograron los movimientos más

radicales contrarios a la familia? La respuesta, decididamente, es negativa. Unas buenas y sólidas razones históricas, demográficas y estadísticas lo demuestran bien a las claras.

Historia contra histeria

Para que algo entre en decadencia, primero tiene que estar en auge, y todo parece indicar que lo que entendemos por “familia tradicional” nunca lo ha estado o, al menos, no ha sido el único modelo reinante.

Arlene Skolnick, autora del libro *The American Family in an Age of Uncertainty*, ha querido calmar el sentimiento apocalíptico que se ha desatado en su país sobre la disgregación de la familia. Lo ha hecho con diversos estudios históricos que desmienten rotundamente que haya existido jamás una familia como entidad singular e inmutable a través de los siglos: “Los estudios más recientes revelan que la diversidad, la inestabilidad y la discontinuidad han formado parte de la experiencia europea de la familia al menos desde la Edad Media, y así ha seguido ocurriendo hasta el Nuevo Mundo”.

A todo esto añade que “a pesar de que la nostalgia ha invadido América en los últimos años,

Las frases

“En Estados Unidos, el 32% de los hombres entre 25 y 34 años ganan menos de lo necesario para mantener a una familia de cuatro personas por encima del nivel de la pobreza.”

Lester C. Thurow, profesor de Economía y antiguo decano de la Escuela Sloan del Instituto Tecnológico de Massachussets.

“Durante el siglo XIX la proporción de familias trabajadoras que podían sobrevivir con el sueldo del cabeza de familia masculino era muy baja.”

Diana Gittins, autora del libro *The Family in Question*

“El afloramiento de las nuevas formas familiares se da paradójicamente gracias a las familias ya existentes.”

Montserrat Solsona, demógrafa de la Universidad Autónoma de Barcelona

“Los cambios producidos recientemente no disuelven los lazos sociales, sino que los favorecen o impulsan.”

José Luis Izquieta, sociólogo de la Universidad de Valladolid

Los nuevos hogares

-Unipersonales:

En Alemania representan el 30%, mientras que en los países Mediterráneos son poco frecuentes. Y dentro del contexto mediterráneo, en España es donde son menos frecuentes: llegan al 13,39% del total, aunque esta cifra ha crecido mucho en la última década, y predomina en ellos la población más anciana y las mujeres.

-Sin núcleo

Están constituidos por más de una persona, teóricamente sin vínculos familiares, aunque en la realidad esto no siempre es así. Curiosamente tiene cierta importancia en los países más avanzados pero también en Irlanda.

-Monoparentales

Su crecimiento ha sido generalizado en toda Europa en los últimos años, pero es difícil una cuantificación exacta debido a que no existe unanimidad en la edad máxima de los hijos para incluirlos o no en el núcleo familiar. Dinamarca es el país que cuenta con el mayor número, y ello se explica por las políticas sociales de igualdad entre hombres y mujeres, así como por la generosidad de su estado de bienestar.

-Plurinucleares o hogares con más de una familia.

Por razones bien diferentes, Portugal y Noruega están a la cabeza de este tipo de hogares, que son extremadamente escasos en el resto de los países.

Falsos supuestos

Aunque en Occidente la visión de familia tradicional se ha vinculado a la figura del pater familias como proveedor económico único, lo cierto es que esto ha sido más un ideal que un hecho. Según Gittins “durante el siglo XIX, la proporción de familias trabajadoras que podía sobrevivir con el sueldo del cabeza de familia masculino era muy baja”. De los estudios económicos sobre los siglos previos a la era industrial recopilados por Gittins, la autora concluye que “aparte de los muy ricos, todo el mundo tenía que trabajar de una manera u otra. La supervivencia económica de la mayoría dependía de la participación de hombres, mujeres y

nunca ha habido una edad de oro de la familia”. Cita para ello la mala memoria existente, no ya respecto al siglo pasado, sino al mismo siglo XX, diciendo que también en las décadas de los años 20 y los 50 había una angustia similar a la actual respecto al desmoronamiento de las estructuras familiares.

Uno de los modelos que se había asociado a la tradición es el de la familia extensa que la industrialización destruyó, minando con ello la solidaridad entre las generaciones, pero hay quien ve en este argumento una simplificación excesiva de la realidad. Así, Diana Gittins recuerda en su libro *The Family in Question* que “los historiadores de la familia y los demógrafos han demostrado, usando registros legales, de parroquias y otros documentos, que algunos presupuestos sobre la familia eran falsos (...) y que antes de la industrialización muchos hogares correspondían a familias nucleares. Una sustancial proporción de personas no se casaba nunca y vivía con parientes o con otras personas solteras o, en algunos casos, solas”.



niños desde muy temprana edad en una amplia gama de actividades". De todo ello deduce que "el ideal del cabeza de familia que trae el pan a casa se hallaba, tanto entonces como ahora, muy lejos de la realidad".

Sin miedo al futuro

Si desde el punto de vista histórico la crisis de la familia es una evidencia de cambio constante y no de final, desde la demografía se puede afirmar exactamente lo mismo. Según los demógrafos, la Europa Mediterránea —incluido nuestro país— está recibiendo ahora los efectos de lo que se conoce como segunda transición demográfica. Esta etapa se da en las sociedades postindustriales y se caracteriza, entre otras cosas, por un descenso de la fecundidad y la nupcialidad en un contexto clave de mayor igualdad dentro de las parejas. Todo esto explica que actualmente España, Italia y Portugal tengan los niveles de natalidad más bajos del mundo destacando especialmente en este sentido Cataluña, País Vasco, Galicia, Emilia-Romagna y Liguria.

En su última fase —que están viviendo ahora los países escandinavos— la segunda transición demográfica conlleva una recuperación de la fecundidad. Todo ello en el marco de la emergencia de nuevos modelos, que conviven con los más antiguos y dejan de ser opciones marginales, como los hogares monoparentales, de familias e incluso de solitarios. Estudiosos del tema como Zegalen y Zonabend han señalado que "algunos sociólogos, al observar las curvas de divorcio, nupcialidad y fecundidad, deducen erróneamente la conmoción del modelo tradicional de familia, sin percatarse de que en nuestra época existen diversas formas de plantearse la relación de pareja".

Soltero y feliz en la vida

Julio Iglesias de Ussel, en su breve ensayo *Cambios recientes de la familia española*, destaca que las pautas del celibato siguen una curiosa tendencia histórica, la cual consiste en que la soltería aumenta entre los varones a medida que se desciende en la escala social, mientras que con las mujeres pasa lo contrario, es decir, el número de solteras se incrementa al aumentar la clase social. Observa también que "la percepción social de la persona soltera ha cambiado en la sociedad. El matrimonio es ya una opción cultural y no una necesidad para el desarrollo de la vida cotidiana".



En equipo

En este panorama postindustrial los datos son reveladores. El 86% de la población residente en el Espacio Económico Europeo en los años 90 vive en un hogar familiar, ya sean familias múltiples —más de una familia en un hogar—, nucleares (un 63% del total) o monoparentales. Este mosaico es posible socialmente y viable económicamente gracias a la solidaridad. Según la demógrafa Montserrat Solsona, de la Universidad Autónoma de Barcelona, "el afloramiento de las nuevas formas familiares se da paradójicamente gracias a las familias ya existentes".

José Luis Izquieta, de la Univer-

sidad de Valladolid, ha escrito en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas que "los cambios producidos recientemente no disuelven los lazos sociales, sino que los favorecen o impulsan". Y cita un par de hechos que demuestran que a la macroeconomía, como a todo lo grande, se la vence con astucia: "Los datos recogidos en diversos estudios revelan la importancia de la familia para acceder al mundo del trabajo. En Francia, un tercio de los jóvenes que encuentran empleo lo hacen gracias a sus relaciones familiares. En algunos municipios del entorno de Barcelona, el 70% de los jóvenes accede al empleo por esa vía." Definitivamente, a la jungla se va mejor en equipo. ■